



Los estantes de la Sangre cruzan el Puente Viejo bajo una tarde soleada aunque fría.



Una fila de penitentes con sus hachones de cera enfila la salida del Carmen camino del Puente Viejo.

cumplir algo que se me antoja imposible. Por mucho que se empeñe, el testarudo. Porque le encantaría participar también en el traslado de Nuestro Padre Jesús desde las Agustinas, donde ayer campeó una insignia 'colorá' como signo de hermandad tras una antigua polémica que al caso no viene.

Ya lo intentó, según se cuenta en las barras de los antiguos colmados, el mismísimo San Vicente Ferrer, el primer paso que saca la Sangre. Y le dijeron que no, que desde Ángel Imberón, de tan grato recuerdo, la cosa estaba harto complicada.

Lo demás ya está escrito. Porque es Murcia aquella «ciudad clara de colores calientes», que cantara Jorge Guillén. Colores de piedras tostadas en sus fachadas, hoy cuajadas de balcones con escudos de la Sangre que se anto-

**Pedro Lázaro tuvo un sueño casi imposible, que pocos creyeron: «Voy a sacar un magnífico paso en la Sangre»**

jan, también como escribió el viejo profesor, «notas deliciosas de luz». Notas que son tambores sordos y burlas destempladas ante las magistrales obras que González Moreno imaginara.

Pasa el Lavatorio, que es Cena improvisada. Miles de familias aguardan sobre la acera quemada por un sol que viene anuncian- do primaveras ya olvidadas. «Aquí salía el abuelo, aquí la abuela lo esperaba», mientras resurgen nostalgias que al corazón aquilatan. Y después, La Negación, que evoca a Jara Carrillo cuando

anunciaba en sus versos aquella urbe caduca, prendida de cofrade de lumbre, que el cielo en el río refleja, «con nimbo de laurel sobre su frente».

«Vergel siempre florido», señaló de Murcia Larra. Vergel que puebla tarimas con sus flores más galanas. «Recuerdo del Edén perdi- do», que retorna en Semana Santa con filigranas de Sangre bordadas en las enaguas. Hijas de Jerusalén, bajo un sol que ardiante clama por retozar en las sombras de la tarima dorada.

De Murcia al cielo cantaba otro maestro, Zorrilla, el del «azahar que exhala aroma» de fina mantilla y cuando admira a la Sangre, lleva la ciudad a sus pies, «blanquea como una paloma anidada en un ciprés». Cipreses antiguos del Malecón que ayer se erguían por ver pasar a ese Cristo carmelitano que los hacía palidecer.



Una de las integrantes de un tercio de burla de la Sangre.



El estandarte de la centuria cruza la plaza de Camachos.